

Carlo GIZNBURG. Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e Historia. España, Gedisa, 1989, 203 p.

A. La reciente publicación en español de Carlo Ginzburg pone a disposición del lector un conjunto de artículos relacionados con la historia de la cultura y ciertas consideraciones teórico-epistemológicas en torno al desarrollo de las ciencias humanas y la crisis paradigmática declarada en la década de los setenta. El título original *Miti, Emblemi, Spie* editado en 1986 por Giulio Einaudi en Turín, fue traducida por Carlos Catroppi y publicada por Gedisa en 1989. La obra consta de Prefacio, nota bibliográfica y siete artículos, reunidos por Ginzburg, escritos entre 1961 y 1984. El subtítulo del libro, según el autor, refleja sus preocupaciones recientes, las cuales aparecen de manera explícita en los dos últimos ensayos: el hilo conductor de toda la obra radica en la fundamentación de la relación existente entre *morfología e historia*.

Carlo Ginzburg es un historiador de la cultura y junto con otros colegas lograron inaugurar nuevas tendencias historiográficas, lo que les permitió incorporarse al debate contemporáneo sobre la *Nueva Historia*. El historiador británico Lawrence Stone ha considerado sus proposiciones al fundamentar el "regreso del relato" en las prácticas historiográficas contemporáneas.

Ginzburg nos ofrece en el texto un modo de aproximación al conocimiento de las Ciencias Humanas en general. Así en 1950 cuando leía novelas no hacía más que pretender "escapar de la aridez del racionalismo y del pantanoso terreno del irracionalismo". Este proyecto lo seduce inexorablemente. En 1960 se detuvo en los testimonios figurativos (imágenes) como fuente histórica, en la perduración de las formas y formulaciones más allá del contexto en el cual habría nacido. Al mismo período atribuye la antigua idea de transgredir las tácitas prohibiciones de la disciplina pero de una forma diferente. Se trataba de hacer entrar dentro del conocimiento histórico ya no

fenómenos en apariencia temporales, sino fenómenos aparentemente insignificantes. Un ejemplo de ello fue su libro titulado *El queso y los gusanos* (1976), en el cual aparecen instrumentos de observación y escalas de investigación diferentes de las habituales. De una reflexión sobre el análisis desde muy corta distancia de tipo microscópica nació *Indicios*, al que nos referimos expresamente en este comentario.

B. En este artículo Giznburg trata de ver "cómo hacia fines del siglo XIX, surgió silenciosamente en el ámbito de las ciencias humanas un modelo epistemológico (agrega: si se prefiere un paradigma), al cual no le hemos prestado la suficiente atención. Un análisis de tal paradigma, ampliamente empleado en la práctica aunque no se haya teorizado explícitamente sobre él, tal vez puede ayudarnos a sortear el tembladeral de la contraposición entre *racionalismo* e *irracionalismo* (p.138).

Giznburg plantea y reconstruye de manera notable el paradigma de conocimiento inicial. Para ello se remite a dos dimensiones históricas. La primera se orienta a la explicación y análisis de la trayectoria iniciada en el siglo XIX por tres personajes que realizan sus análisis sobre la base de datos secundarios: el crítico pictórico Giovanni Morelli, el novelista policial Arthur Conan Doyle y el creador del psicoanálisis Sigmund Freud.

Morelli (quien presentó sus primeros ensayos firmados bajo el seudónimo de Ivan Lermolieff) examinaba los detalles menos trascendentes, como el lóbulo de las orejas o la forma de las uñas, para reconocer al autor de los cuadros examinados. El creador de Sherlock Holmes arribaba al autor del delito por medio de indicios varios, como las cenizas de cigarrillos o las marcas de lápiz labial. Pero sin duda que la relación más sugestiva que establece el historiador italiano es la de Freud. En el análisis que realiza Freud del "Moisés" de Miguel Angel (1914) reconoce las lecturas de Morelli realizadas entre 1895 y 1898, cuando el descubridor del psicoanálisis "descubre la

pintura", por lo tanto Giznburg explica que la relación existente entre ambos métodos no es conjetural, sino documentada.

¿Qué podía representar para Freud la lectura de los ensayos de Morelli? Es el mismo Freud quien lo señala: la postulación de un método interpretativo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores. La alusión a una actividad inconsciente nos impresiona acerca de la identificación del núcleo artístico con los elementos que escapan del control de la conciencia (p.143). Síntomas, indicios, rasgos pictóricos como instrumentos reveladores frente a lo inaccesible de la observación directa por medio de datos superficiales. De allí que Giznburg ubica entre 1870 y 1880 el comienzo de la afirmación del paradigma indicial.

Pero habíamos anticipado que eran dos las dimensiones históricas. Nos hemos referido a la primera. Veremos ahora la segunda.

Giznburg se remonta nuevamente de manera notable y erudita, al modo de conocimiento de la realidad sobre la base del relato y la tradición oral, a una fábula oriental en tiempos remotos de cazadores.

Tres hermanos envueltos en el robo de un camello describen por medio de datos secundarios (indicios mínimos) que lo que han visto no es un camello sino otro animal. Este saber, dice el autor, es cinegético. Lo que caracteriza a este tipo de saber es su capacidad de remontarse desde datos experimentales aparentemente secundarios a una realidad compleja, no experimentada en forma directa (p.144). "Descifrar" o "leer" los rastros de los animales son metáforas. Pero Giznburg agrega que esa conexión ha sido formulada, en forma de mito aitológico, por la tradición china. Por otra parte si se abandona el mundo de los mitos y las hipótesis por la historia documentada, no pueden dejar de impresionarnos las innegables analogías existentes entre el paradigma que acabamos de delinear y el paradigma implícito en los textos adivinatorios mesopotámicos, redactados a partir del tercer milenio a.c. Ambos pre-

suponen el minucioso examen de una realidad tal vez ínfima, para descubrir los rastros, hechos no experimentables, directamente por el observador. La actitud cognitiva era similar, pero sólo formalmente, puesto que el contexto social era en todo diferente.

Si pasamos de la cultura mesopotámica a la griega, tal constelación cambia profundamente, al constituirse nuevas disciplinas como la historiografía y la filología. Es obvio que de tan decisiva mutación, que por cierto es la que caracterizó la cultura de la *polis*, aún somos herederos. Menos obvio es el hecho, agrega el autor, de que en ese cambio tuvo papel preponderante un paradigma definible como sintomático o indicial. Ello se hace evidente en el caso de la medicina hipocrática: sólo observando atentamente y registrando con extremada minuciosidad todos los síntomas es posible elaborar "historias" precisas de las enfermedades individuales (p.146). Pero este paradigma, como se ha dicho, permaneció implícito, avasallado por el prestigioso modelo del conocimiento elaborado por Platón.

En este sentido, el hiato decisivo en la constitución del paradigma científico estuvo basado en el significado epistemológico y simbólico de Galileo que, para la ciencia en general, ha permanecido intacto. Las disciplinas que Ginzburg denomina indiciales (incluida la medicina), son eminentemente cualitativas. Tienen por objeto casos, situaciones y documentos individuales, "en cuanto individuales". El empleo de la matemática y del método experimental, implicaban respectivamente la cuantificación y la reiterabilidad de los fenómenos, mientras el punto de vista individualizante excluía por definición la segunda y admitía la primera con función solamente auxiliar. Todo ello explica por qué la historia nunca logró convertirse en una ciencia galileana. En el transcurso del siglo XVII se produce la incorporación de los métodos del anticuario al tronco de la historiografía, que llevó a la luz los lejanos orígenes indiciales de esta última, hasta entonces ocultos. Si bien el histo-

riador no puede referirse, ni explícita ni implícitamente, a series de fenómenos comparables, su estrategia cognoscitiva, así como sus códigos expresivos, permanecen intrínsecamente individualizantes (aunque el "individuo" sea, dado el caso, un grupo social o toda una sociedad). El conocimiento histórico, como el del médico, es indirecto, indicial y conjetural (p.148).

Si bien esta afirmación es esquemática, Giznburg dedica un extenso párrafo de fundamentación histórica-epistemológica sobre estos enunciados de los protomédicos del siglo XVI y explica las características escriturales que prevalecían en Italia entre fines del siglo XVI y principios del XVII. El estudio de la graffa de los "caracteres" demostraba que la identificación de la mano del maestro debía buscarse, de preferencia, en aquellos sectores de un cuadro que eran realizados más rápidamente, y tendencialmente, más disociados de la *representación de lo real*. En este punto se abrían dos caminos: o se sacrificaba el conocimiento del elemento individual a la generalización, o se trataba de elaborar, aunque fuera a tientas, un paradigma diferente, basado en el conocimiento científico, pero de una cientificidad aún completamente indefinida, de lo individual (p.152). En definitiva, dentro de las ciencias humanas, la imposibilidad de alcanzar el rigor propio de las ciencias de la naturaleza derivaba de la imposibilidad de la cuantificación. Esta realidad se derivaba de la insuprimible presencia de lo cualitativo, de lo individual.

El tercer apartado que dedica Giznburg a la problemática expuesta resume cinco puntos que rearma y definen sus consideraciones acerca del paradigma indicial.

En primer lugar, lo que el autor fue desagregando concluye en la configuración de un paradigma que ha sido llamado "cinegético, adivinatorio, indicial o sintomático". Pero a mediados del siglo XIX se perfila una alternativa: por un lado, el modelo anatómico y por otro lado, el sintomático.

En segundo lugar, Giznburg al realizar la distinción entre naturaleza y cultura, reconoce la vinculación cognoscitiva his-

tórica desde el siglo XVII al XIX, en cuanto el reconocimiento del indicio es el más certero instrumento de la individualidad del artista. Esta vinculación no es casual, sino que constituye el surgimiento de una tendencia cada vez más decidida hacia un control cualitativo y capilar sobre la sociedad por parte del poder estatal, que utilizaba una noción de individuo basada también en rasgos mínimos e involuntarios (p.158).

El tercer punto lo constituye el tema referido a que "cada sociedad advierte la necesidad de distinguir los elementos que la componen, pero las formas de hacer frente a esta necesidad varían según los tiempos y lugares". Aparece el nombre, los datos físicos, las impresiones digitales. Así, hasta el último habitante del más mísero villorio de Asia o de Europa se vuelve, gracias a las impresiones digitales, reconocible y controlable.

El cuarto aspecto que Ginzburg reconoce es el que se refiere a la vinculación de su tesis con el desarrollo del capitalismo maduro. Textualmente agrega "la existencia de un nexo profundo, que explica los fenómenos superficiales, debe ser recalcada en el momento mismo en que se afirma que un conocimiento directo de ese nexo no resulta posible. Si la realidad es impenetrable, existen zonas privilegiadas -pruebas, indicios- que permiten "descifrarla". Esta idea que constituye la médula del paradigma indicial o sintomático, se ha venido abriendo camino en los más variados ámbitos cognoscitivos, y ha modelado en profundidad las ciencias humanas. Indicios mínimos han sido asumidos una y otra vez como elementos reveladores de fenómenos más generales: la visión del mundo de una clase social, o de un escritor, o de una sociedad entera. Una disciplina como el psicoanálisis, agrega el autor, se conformó, según hemos visto, alrededor de la hipótesis de que ciertos detalles aparentemente desdeñables podían revelar fenómenos profundos de notable amplitud (p.163).

Por último, Ginzburg cuestiona la rigurosidad del paradigma indicial. Pero este brillante intelectual resuelve este

imbricado problema despegándose de la tradición galileana: "(las ciencias humanas) o asumen un estatus científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un estatus científico fuerte, para llegar a resultados de escasa relevancia" (p.163). En este contexto, el "rigor elástico" del paradigma indicial aparece como insuprimible. En este tipo de conocimiento entra en juego elementos de tipo imponderables: Olfato, golpe de vista, intuición. Ginzburg reconoce que el uso de éstos términos constituye un verdadero campo minado, pero si se quiere puede distinguirse una intuición "baja" de otra "alta". Concluye Ginzburg, después de explicar el origen lingüístico del término en la tradición árabe, con lo cual se definía la capacidad de pasar en forma inmediata de lo conocido a lo desconocido sobre la base de indicios, en que esta "intuición baja" radica en los sentidos si bien los supera y que nada tienen que ver los irracionalismos sucedidos durante los siglos XIX y XX. Por el contrario, están difundidos por todo el mundo y en consecuencia se hallan lejos de cualquier forma de conocimiento superior, que es el privilegio de pocos elegidos.

C. El artículo de Ginzburg constituye una fundamentación histórica-epistemológica sobre su producción específica en el campo de la historia de la cultura. Por otra parte, es un intento, entre otros posibles, de refundar algunas situaciones generadas a partir de la crisis de los paradigmas clásicos de conocimiento sobre la base de la imposibilidad de la observación total. El hecho de recurrir como primera indagatoria a la dimensión cualitativa o individual, constituye un modo de ingreso a una dimensión totalizadora, que por momentos ha resultado inaccesible. Estos elementos confluyen en el requerimiento de redefinición del objeto de los historiadores, como lo ha afirmado Jacques Revel. La opción de Ginzburg por los abordajes microhistóricos sobre aspectos relevantes del desarrollo humano peor observados desde lo cualitativo en tanto que individual, hacen que los procesos observados converjan en una suerte de

***singularidad* que hace prevalecer esas cuotas de participación humana en el proceso de interacción cultural y social.**

Beatriz Bragoni